COLON Y EL JUDÍO ERRANTE.

FANTASÍA DRAMÁTICA

en dos actos, y en verso,

ORIGINAL

DE D. EUGENIO SANCHEZ DE FUENTES.



MADRID.

IMPRENTA DE D. JOSÉ REPULLÉS.

Octubre de 1845.

PERSONAS.

CRISTÓVAL COLON.
EL JUDÍO ERRANTE.
DON FERNANDO V DE ARAGON.
DOÑA ISABEL I.ª DE CASTILLA.
ALARCON.. } *Cortesanos.*
AGUILAR. . }
VILLENA. . }

CORO DE DONCELLAS, CORTESANOS, PAGES, SOLDADOS, ETC.

La escena es el año 1492.

El primer acto pasa la noche anterior á la entrada de los reyes católicos en Granada, y el segundo la mañana del mismo dia.



Acto primero.

El teatro representa la estancia de Cristóval Colon en Santa Fé. Puerta al fondo, otras laterales; la de la izquierda es secreta. Mesa con dos luces, cubierta de pergaminos, esferas etc. Colon aparecerá sentado en frente de ella, contemplando atentamente un mapa que se hallará estendido á su vista. Aguilar, Alarcon y Villena, coloeados cerca del proscenio hablando entre sí.

ESCENA PRIMERA.

COLON, *sentado.* AGUILAR. ALARCON. VILLENA.

Aguil. Decís bien, el de Villena;
con el rey nuestro señor
quién no se lanza al combate
de gloria y laurel en pós?
Villena. Al frente de sus escuadras,
de bélica trompa al son,
siempre hace alarde Fernando
de nobleza y de valor.
Alarc. Su temerario ardimiento
pudo costar á Aragon,
allá en los campos de Loja,
enterno luto y dolor.
Bien lo sabeis, caballeros,
el rey cercado se halló
de innumerables infieles,

:

sin casco, muerto el bridon;
debió ser víctima entonces;
el enemigo traidor,
iba á segar su garganta...
mas vino en su ayuda Dios.
Un hombre pálido... jóven,
con su cuerpo lo cubrió,
despreciando las gumías
del agareno feroz.
Lo creereis? iba sin armas,
era invulnerable: oh!
mas de un alfange al tocarle
en mil pedazos saltó!
Sí, yo lo vi, que á su rey
siempre sigue un Alarcon.

Aguil. Estraño suceso fué!

Alarc. Buscar á su salvador
quiso despues don Fernando...
fué inútil, despareció!

Villena. Pardiez, mirad, caballeros, (*Con viveza.*)
con qué incansable atencion
el buen Cristóval contempla
ese pergamino...

Aguil. Oh!
no hay que estrañarlo, está loco!

Alarc. Bien, dejadlo...

Villena. (*Dándole en el hombro con familiaridad.*)
Hola, Colon!
Quiero hacerte una pregunta.

Colon. Podeis hacerla, señor. (*Con dignidad.*)

Villena. Pues bien. Cuántos mundos hay?

Colon. Quereis saberlo? (*Levantándose.*)

Villena. Sí.

Colon. Hay dos; (*Con altivez.*)
uno que vos conoceis,
y otro que conozco yo.

Aguil. Bravo! Bravo!

Villena. (*Riendo.*) Siempre igual!
Por San Jorge, mi patron,
que estás de remate...

Colon. Cómo?
Qué osais decir, vive Dios!

Cuán injustos son los hombres,
cuán necia su presuncion!
Rien lo que no comprenden,
como reis ahora vos.
Yo los desprecio... entendeis,
porque aquí, en mi corazon,
oigo una voz que me grita:
hiende ese mar bramador;
allí alcanzarás la gloria...
la gloria, que es mi ambicion!
Ah! vosotros no sabeis
lo que el genio ansía, no,
no comprendeis cuánto vale
esa dorada ilusion!
Mirad mis mústios cabellos
que la ciencia encaneció;
tocad mi frente, que arde
cual volcan abrasador:
todo es por ese fantasma...
yo quiero alcanzarla... yo!
Arrullado por las olas,
y al rugir del aquilon,
he de cruzar esos mares,
seguir en su curso al sol;
y si entre su blanca espuma
me sepultase el rigor
de mi estrella, dirá el mundo
al recordar á Colon:
grande fué su pensamiento!
con intentarlo triunfó!

Alarc. Pero dime, nuestro rey,
cuya vida guarde Dios,
cuándo apresta esos bageles
que pretendes?

Colon. Alarcon,
siete años há que lo espero!

Villena. Por que el monarca español
teme esponer sus galeras
á un naufragio cierto. (*Con malicia.*)

Aguil. No,
nunca hará tal disparate
don Fernando de Aragon. (*Con viveza.*)

Colon. Siempre escarnios! Siempre insultos!
Villena. Si el mar es tu tumba, yo
haré alzar un monumento
que eternice tu valor. (*Con ironía.*)
Colon. Gracias, gracias.
Villena. Mas deseo
saber cuál es tu blason, (*Sonriendo.*)
para que se esculpa en marmol...
Colon. Mis armas? el mar, señor:
yo no tengo mas blasones
que un honrado corazon,
que vale mas que esos títulos
debidos...
Aguil. A qué?
Colon. Al favor!
Villena. Qué habeis dicho?
Colon. La verdad!
nunca mi labio mintió.
En qué fundais, respondedme,
vuestra loca presuncion?
Tambien mi sangre he vertido
en el campo del honor;
soldado he sido, lo ois?
y al rugido del cañon
nunca ha temblado mi brazo,
que aun á temblar no aprendió.
Villena. Miserable loco, calla;
olvidas quién eres?...
Colon. No.
Soy un hombre, el de Villena;
valgo tanto como vos: (*Con orgullo.*)
no heredé de mis abuelos
pergaminos, pero yo
desprecio toda nobleza
que uno mismo no adquirió.
Qué importa que vuestro padre
honrara el suelo español?
acaso porque él fué grande
habeis de serlo los dos?
Villena. Ya lo estais viendo, señores;
se estravía su razon...
Si no fuera asi, su audacia

castigado hubiera...
Colon. Oh!
Siempre lo mismo! (*Con amargura.*)
Aguil. Quién hace
ya caso de él? Alarcon,
en breve será el consejo.
Colon. Idos, señores, con Dios.
Alarc. Cálmate; por esa puerta,
cuyo estrecho corredor
da á la cámara del rey,
nos vamos, Colon; á Dios. (*Vase.*)
Colon. Él os guarde.
Villena. (*Con ironía.*) Te saludo,
insigne descubridor. (*Vase.*)
Aguil. Un consejo quiero darte...
el que del polvo nació!...
Colon. Perdonad, podeis guardarlo
para mejor ocasion.
(*Acompañándolo hasta la puerta secreta.*)

ESCENA II.

COLON.

Miserables! al pie de los tronos,
cual mezquinos é inmundos reptiles,
arrastrais vuestras frentes serviles,
adulando cobardes al rey.
Yo respeto al ungido del cielo;
yo he doblado tambien la rodilla
á las plantas del rey de Castilla,
porque acata el primero la ley:
de Isabel y Fernando los nombres
al través de los siglos futuros
hará brillen radiantes y puros
de la fama el sonoro clarin.
Quizá el mio, el del pobre piloto,
asombradas repitan las olas,
si banderas tremolo españolas
de la tierra en ignoto confin.
Mas qué digo? Infeliz! Si los hombres
no comprenden mis planes de gloria,
cómo un nombre ha de dar á la historia

el que «loco» ese mundo llamó!
Solo risas y amargos insultos
por do quiera prodígame impío:
cuánto sufro! Decidme, Dios mio,
si la ciencia tal vez me engañó!
Pero no, que engañarme no puede;
que su origen dimana del cielo,
y es la ciencia como un arroyuelo,
siempre espira en las ondas del mar.
Yo he seguido anhelante su curso,
lleno el pecho de ardiente esperanza;
llegué á un punto; gritóme ella «avanza;»
y yo solo no pude avanzar.
Despreciadle! está loco! esclamaron
Portugal y la altiva Inglaterra,
porque dije atrevido: hay mas tierra
por allí donde muere ese sol.
En Castilla los necios me insultan,
mas la reina me tiende su mano:
quizá en breve le diga yo ufano:
ahí teneis otro imperio español!

ESCENA III.

COLON. DOÑA ISABEL, *que entrará por la puerta secreta.*

Colon. Guarde el cielo á la reina de Castilla.
Isabel. El te guarde, Colon.
Colon. Gracias: dignaos
escucharme un momento, pues benigna
mi humilde habitacion habeis honrado.
(*Dándola silla.*)
Isabel. Los hombres que descuellan atrevidos
entre los otros por su ingenio raro,
siempre han sido, Colon, de mi corona
el diamante mejor y mas preciado.
Colon. Cuánta bondad, señora: sois el iris
que bonanza me augura; vuestro labio
vierte á torrentes en mi triste pecho
de celeste consuelo dulce bálsamo.
Vos me habeis comprendido! Vos tan solo
me habeis tendido bienhechora mano,

jamas lo olvidaré; jamas, señora.
El infeliz piloto sufre tanto!

Isabel. Mira, Colon, los hombres son injustos,
tal vez desprecian tus designios varios;
nada importa; un cobarde desaliento
nunca avasalla un corazon bizarro.
Irgue tu frente en ademan altivo,
redobla tus afanes, tu trabajo,
y dale entonces á ese mundo imbécil
amarga risa, de su risa en pago.

Colon. Vuestras palabras mágicas encienden
el volcan de la gloria en que me abraso;
la vida me tornais, sois la esperanza
que dulce arrulla con su arrullo blando.
Sí, muy pronto en las naves voladoras
que concederme os dignareis acaso,
al través de las olas encrespadas
me lanzaré como se lanza el rayo:
descubriré para Castilla un mundo,
porque un mundo no basta al castellano,
y haré que el viento su pendon azote
donde nunca un pendon haya azotado;
y cuando torne ¡oh reina! á vuestras plantas
diré, ardiendo mi pecho de entusiasmo,
el águila fuí yo, vuestras las alas,
partir debemos de la gloria el lauro.

Isabel. Ah! no, jamas; tú solo ceñir debes
ese laurel que envidia un soberano.
Por una hoja, con placer trocara
el poderoso cetro de mis manos!
Sí, Colon, que los reyes de la tierra,
cuande ostentan sus hombros regio manto,
cuando ciñen altivos su diadema
rodeados de pompa y de vasallos,
decir no pueden, como dice un genio:
«el mundo mi talento ha coronado.»

Colon. Ah! qué dicha tan grande para un pueblo
ver sentado en su trono á un soberano
que tenga ¡oh reina! un corazon tan grande,
que dé al ingenio como vos amparo.

Isabel. En Castilla, Colon, siempre lo encuentran
el pintor, el poeta, el hombre sábio;

sin las ciencias y el arte es imposible
florezca nunca un poderoso Estado:
mañana mismo, si posible fuera,
esos bageles que ambicionas tanto
armar haria; mas la infanda guerra
exhausto tiene nuestro real erario:
no temas; ese Dios que desde el cielo
pavor infunde al enemigo bando,
hará que pronto nuestras bravas huestes
se lancen vencedoras al asalto;
hará que caiga esa Granada altiva
en poder de los reyes castellanos.
Sí, Boabdil miserable, á nuestras plantas
la frente doblarás como un esclavo;
que el que no sabe defender su trono
en los robustos muros peleando,
no es un hombre, ni es rey, cobarde solo
por los hombres merece ser llamado.

Colon. Gran reina, triunfareis; la media luna
Castilla humillará; mañana acaso
el viento azote en la arabesca Alhambra
el pabellon temido del cristiano.

Isabel. Pues bien, Colon, escucha mis palabras:
ese dia verás tu afan logrado;
ese dia en las alas de tu genio
las olas hendirás del Oceano.

Colon. Gracias, señora, gracias; sois el angel
que dulce calma mi martirio amargo;
de rodillas tan solo escuchar debo
(*Se arrodilla.*)
las palabras que vierten vuestros labios.
(*Enagenado.*)
Ah! y es verdad; y el infeliz piloto,
el hombre por los hombres despreciado,
podrá tal vez decirles algun dia: (*Se levanta.*)
este es Colon! si os atreveis, miradlo!
Podré alcanzar esa anhelada gloria
tras la cual voy corriendo tantos años?
Podré bajar contento hasta la tumba
porque un nombre á la historia habré legado?

Isabel. Aliéntate; muy pronto venceremos:
de Granada ha venido un enviado;

Boabdil rendirse quiere, no lo estrañes;
nunca supo lidiar su débil brazo.

Colon. Será posible?

Isabel. Sí, ya hallarse debe
el consejo reunido; don Fernando
quiere que la propuesta del rey *Chico*
los capitanes oigan de su campo.
Mi presencia reclama ese consejo:
á Dios, Colon.

Colon. (*Acompañándola respetuosamente hasta la puerta secreta.*)
Señora, el cielo santo
vuestros preciosos dias guarde siempre
para gloria del pueblo castellano.

ESCENA IV.

COLON.

Mis ilusiones doradas
realizadas
muy pronto veré quizá;
surcaré ese mar profundo,
y otro mundo
mi audacia descubrirá.
Sometido á España fiera,
su bandera
tremolará por do quier;
y ante el trono de Castilla
la rodilla
doblarán monarcas cien.
Y del genio la victoria,
con la gloria
los hombres ensalzarán;
y cuando Colon sucumba,
en su tumba
laureles colocarán.
Tal vez viertas ¡oh María!
bella mia,
una lágrima por mí;
tal vez, angel de consuelo,
en el cielo

reunirme consiga á tí.
Eras flor de la mañana
que galana
la blanda brisa arrulló;
yo te amaba con delirio!
mi martirio
tu aciaga muerte causó.
Por tí los lauros buscaba
y anhelaba
un nombre á la historia dar;
mas ay! que el fiero destino,
peregrino
me fué en la tierra á dejar.
Mas qué importa? aun ambiciona
la corona
del talento el corazon;
quiero decir todavía
fué, María,
digno de tu amor Colon.
Del negro mar el bramido
y el silbido
del furioso vendaval,
el ronco estridor del trueno
yo sereno
arrostraré sin temblar;
y allá en la popa á mis solas,
verdes olas
oiré rugientes hervir,
pidiendo al Omnipotente
solamente
ó ver mas tierra, ó morir.

ESCENA V.

COLON. EL JUDÍO ERRANTE.

Judio. La paz del Salvador contigo sea.
Colon. Buen hombre, á quién buscais en esta estancia?
Judio. Busco á Colon.
Colon. Yo soy.
Judio. Lo he conocido;
del genio tienes la imborrable marca!

Con que tú eres el que al orbe todo
ha dicho llena de entusiasmo el alma,
«dos mundos hay,» el hombre que atrevido
tiende su vuelo de su audacia en alas?

Colon. Yo soy!

Judio. Aquel mortal que con su mano
de la ciencia infalible el velo rasga?
aquel que con vigilias y trabajos,
que tornan ¡ay! su cabellera cana,
del vulgo imbécil con desprecio altivo
oye las insolentes carcajadas?

Colon. Sí, yo soy!

Judio. Pues Colon, dame tu mano,
tu diestra, sábio, con mi diestra enlaza:
mas qué he dicho, infeliz! Dios la maldijo!
mi sacrílega diestra de tí aparta!

Colon. Entre la oscura niebla del misterio
miro envueltas, buen hombre, tus palabras;
no te entiendo en verdad! mas dime al punto:
á Cristóval Colon, por qué buscabas?

Judio. Quieres saberlo?

Colon. Sí.

Judio. Pues bien, escucha:
á Santa Fé he llegado esta mañana;
á este campo grandioso que el cristiano
ostenta ante los muros de Granada:
de un hombre escuché hablar; todos reian,
está loco Colon! todos gritaban.

Colon. Por piedad, no pronuncies ese nombre
que mi ulcerado corazon desgarra;
siempre en torno de mí terrible zumba,
como el doblar de fúnebre campana.

Judio. Alza, Colon, la frente, nada temas:
vengo á infundirte aliento y esperanza,
á decirte: *yo he visto la ancha tierra*
que en descubrir con avidez te afanas.

Colon. (*Asombrado.*)
Qué decís?

Judio. La verdad; nunca mi labio
con la torpe impostura vil se mancha;
he recorrido esos remotos climas
que descubrir ansías para España;

he arrostrado la furia de los mares;
solo, Colon, yo solo en frágil barca;
he visto imperios ricos, habitados
por otros hombres, por distintas razas;
negros en fin sencillos y crueles
que viven en estúpida ignorancia.
Si riquezas anhelas, allí tienes
por el suelo pedazos de oro y plata;
suntuosos templos, cuyos altos muros
de ese metal ocultan gruesas planchas.

Colon. No me he engañado, cielos! Será cierto?
no te burles de mí; por piedad, habla,
que yo escuche cien veces lo que has dicho;
son para mí tan dulces tus palabras!
Mas quién eres? Responde, te lo ruego...

Judio. Nunca sabrás mi nombre; calla, calla,
maldito está de Dios! Ah! yo deliro!
un recuerdo cruel mi pecho rasga!
Mas no, Colon; acércate y escucha;
necesito contarte mis desgracias:
en cambio solo quiero que al oirlas
por mí derrames una sola lágrima.
Ay, vas á aborrecerme, lo conozco;
mas qué me importa, oh cielos? nada, nada.
He sido criminal! y mi delito
nunca á borrar la penitencia alcanza.
Yo era feliz!... mi vida placentera
por la dicha y amor era arrullada
allá en Jerusalen; mi tierna esposa
como yo la adoraba me adoraba.
Dos hijos tuve, cándidos capullos
nacidos, sí, de aquella flor galana!
Rebeca, Benjamin! ay! ya murieron,
ya nunca los veré: querida Sara,
esposa del corazon, tiende siquiera
desde el cielo á tu esposo una mirada.
Quince siglos me abruman con su peso,
y ese recuerdo siempre me desgarra;
terrible es mi castigo, Dios inmenso!
cuán terribles han sido tus palabras!
Mas atiende, Colon, mi triste historia:
allá en Jerusalen una mañana

el pueblo alborotado entró en palacio;
Pilatos, crucifícale, esclamaba;
y á un hombre jóven, dulce, resignado,
lleno de magestad, con fiera rabia
al Pretorio llevó para juzgarle
porque rey de judíos se llamaba!
Era Jesus! El Dios de mansedumbre,
el Hijo del Eterno; ó suerte infausta!
Pilatos cedió al fin... condenó á muerte
al Cordero dulcísimo y sin mancha.
No salió de sus labios una queja,
no vertieron sus ojos una lágrima;
solo al cielo miró, porque á su Padre
perdon para los hombres demandaba.
Sediento entonces de su sangre el pueblo,
por la escalera bárbaro lo arrastra.
Muera Jesus! gritaron los verdugos;
yo tambien ¡ay de mí! muera! gritaba.
Al sacarle furiosos del Pretorio,
Luzbel sin duda me infundió su rabia,
acerquéme á Jesus... aun me estremezco;
el corazon del pecho se me arranca;
fuego maldito por mis venas corre,
cual lava ardiente que un volcan derrama!
Por qué nací, Dios mio? por qué el mundo
á los monstruos cual yo no despedaza?
por qué no esparce al viento sus cenizas,
y su cuna infernal en huesa cambia?
Yo me abraso! piedad! arde mi frente:
sufro tanto, Colon! es tan amarga
la atroz memoria de mi atroz delito!
Voy á morir... morir! dulce palabra;
no le es dado la muerte á este infelice!
Siempre llorar es ¡ay! mi suerte aciaga!
Oye, Colon, escucha el negro crimen
de este infeliz: tu cabellera cana
se erizará de horror; mas todavía
maldito! esclamarás con voz airada.
Acerquéme á Jesus... alcé la mano,
y un golpe dí sacrílego en su espalda,
diciéndole: «Sal pronto, vé al calvario;
merecido suplicio allí te aguarda.»

Entonces ¿lo creereis? sus dulces ojos
tornó hácia mí con magestuosa calma,
y asi me respondió: «Judío, escucha:
el Hijo del Eterno ya se marcha;
tú andarás sin cesar hasta su vuelta. (*)
Ah! cruel anatema que me mata!
Colon, desde aquel dia tan terrible
huí de Jerusalen; dejé mi casa,
mis hijos y mi esposa... ellos en vano
por detenerme un punto alli luchaban.
Una mano de hierro me impelía;
el mundo recorrí, la tierra ingrata
se estremecia al sustentarme; siempre
en mis oidos lúgubre sonaba
de Jesucristo el inflexible acento,
aquella voz terrible: *Anda, anda!*

Colon. Os compadezco!

Judio. Sí; mi atroz martirio
tú debes comprender, porque tu alma
es muy grande, Colon; los demas hombres
no sienten, no, porque á sentir no alcanzan.
Ellos dicen tal vez: qué mayor dicha
que vivir lo que el mundo? mas se engañan;
ser un ave de paso, vivir solo...
Ah! la muerte es mi única esperanza!

Colon. Mas decidme, tal vez desesperado
de arrastrar una carga tan pesada,
ha intentado algun dia vuestra mano
con la vida acabar desdicha tanta?

Judio. Solo una vez en mi delirio ciego
quise morir... Imbécil! olvidaba
que al acento de un Dios Omnipotente
las puertas se abren de la tumba helada.
Mis esfuerzos, Colon, fueron inútiles:
inútiles el hierro, el fuego, el agua;
todos me respetaron! Siempre ileso
este infeliz quedó por su desgracia.

Colon. Calmaos; ese recuerdo que os destroza
olvidad si podeis; todo se acaba.

(*) *Feyjoó, cartas: tomo 2.°, carta 25.*

Vendrá un dia en que el mundo se desplome,
y allá en el cielo alcanzareis la calma;
vuestro crimen fue grande, su castigo
debió serlo tambien; en la balanza
de un Dios se pesarán; en ella siempre
la justicia y clemencia son hermanas.
Concededme una gracia; sufrís mucho,
vuestras fuerzas estan debilitadas
por grandes sensaciones; asi, os ruego
que reposeis en la contigua estancia.

Judio. Bien, Colon; pues lo quieres, asi sea;
me quedaré contigo hasta mañana;
hasta mañana, entiendes? A las doce
de Santa Fé partir, un Dios me manda.

Colon. Tan pronto! Qué decís!

Judio. Nadie en la tierra
podrá á esa hora detener mi planta;
no es posible, Colon! (*Con amargura.*)

Colon. Calmad os ruego.
Venid; esa es ¡oh huésped! vuestra estancia.
(*Señalando la puerta de la derecha.*)

Judio. Necesito descanso, lo conozco.

Colon. Reposad en mi lecho.

Judio. Gracias, gracias.
(*Entrando por la puerta de la derecha.*)

ESCENA VI.

COLON.

Quién ante Dios no se humilla!
Corro á decir al instante
á los reyes de Castilla:
He visto al Judío errante.

FIN DEL ACTO PRIMERO.



Acto segundo.



ESCENA PRIMERA.

El teatro representa un magnífico salon en el palacio de la Alhambra de Granada. A la derecha del espectador un trono. Puertas al fondo. Puertas laterales. Al descorrerse el telon irán entrando soldados castellanos y aragoneses, al son de un himno de triunfo. Detras coros de doncellas vestidas de blanco y con guirnaldas en la cabeza, esparciendo flores. DON FERNANDO *y* DOÑA ISABEL *precedidos de varios pages y seguidos de cortesanos, entre los cuales estarán* COLON, VILLENA, AGUILAR *y* ALARCON. *Subcn al trono los* REYES, *y cantan las doncellas el siguiente*

HIMNO.

CORO.

«Que triunfe Castilla,»
gritó el Dios potente,
que humille la frente
el hijo de Alá.

(*Las estrofas siguientes se cantarán á una sola voz.*)

1.ª

De victoria himno santo entonemos,
suba en alas del céfiro blando,

y de Dios hasta el trono llegando
gracias mil, compañeras, le dad.
Gloria y prez, españoles valientes,
de la guerra olvidad los horrores,
y las frentes ceñidas de flores
con orgullo á los hombres mostrad.

«Que triunfe Castilla etc.»

2.ª

Ya no mas entre impuros placeres,
entre risas y amores y zambra,
adormido el infiel en su Alhambra
verá alegre sus dias correr.
Que cobarde no esgrime el acero;
su Granada querida abandona,
y del débil Boabdil la corona
hoy Fernando contempla á sus pies.

«Que triunfe Castilla etc.»

3.ª

Vuestros nombres, bizarros guerreros,
de la fama la trompa sonante
hará brillen, cual brilla radiante
entre nubes de nácar el sol.
Gozareis del aplauso y la gloria,
y regados con sangre de infieles
nacerán los fulgentes laureles
que á su sien ceñirá el español.

CORO.

«Que triunfe Castilla,»
gritó el Dios potente,
que humille la frente
el hijo de Alá.

(*A una señal de don Fernando todos guardan un profundo silencio, y dirigiéndose á sus guerreros les dice:*)

Fern. Campeones, salud; lució ya el dia
que en Granada tremole prepotente
el altivo pendon que ondeante via
de espanto llena la morisca gente.
Llore el débil Boabdil su cobardía;
nunca ha de alzar la envilecida frente;
nacieron los infieles soberanos
para esclavos de reyes castellanos.
Ocho siglos, mis bravos adalides,
ha gemido cautiva nuestra España;
ocho siglos, la patria de los Cides
destrozó del infiel la horrible saña.
Mas ya el leon en las revueltas lides
en agarena sangre el campo baña,
y ansioso de saciar su negro encono,
á un rey derriba de su escelso trono.
Boabdil cayó! ante mis tercios fieros
sus altos muros humilló Granada,
que sabe lo que valen mis guerreros
si lanza empuñan y tajante espada.
Despojo de los buitres carniceros
del moro queda ya la hueste osada;
hora es que el español libre se llame,
pues ve á sus pies la media luna infame!
Libertad! libertad! tu santo nombre
los nobles pechos dé entusiasmo inflama;
quien ve á su patria esclava, no es un hombre,
arder no siente del honor la llama.
Mas vosotros lidiásteis, y renombre
hará tengais con su clarin la fama,
diciendo al pregonar vuestros laureles:
«arrojaron de España á los infieles.»
Insensatos! creyeron en su orgullo
triunfar de mis valientes escuadrones:
no saben que en la cuna vuestro arrullo
ha sido el retronar de los cañones.
Alzásteis de furor hondo murmullo,
pedísteis pelear, mis campeones,
de laurel coronaros y de gloria,
y al combate os llevé!... no, á la victoria!
Salud pues, invencibles españoles,
entonad de victoria el himno santo,

el cielo á Dios le pedirá cien soles,
que uno á alumbrar no basta triunfo tanto.
Sois de valor y de lealtad crisoles...
Ah! me envanece el cetro y regio manto;
y este orgullo sabeis en qué lo fundo?
en ser el rey, del pueblo rey del mundo.

Alarc. Gracias os doy, señor, del mismo en nombre.
Si vencer ó morir tan solo ansiando
al combate se lanza, no os asombre,
es porque os ve el primero peleando.
Fuera sin vos, lo que sin alma un hombre,
lo que sin luz el mundo, don Fernando;
pero felices somos; españoles,
(*Señalando al trono.*)
á ese cielo mirad; alli hay dos soles!

Villena. Sois el leon en las sangrientas lides: (*Al rey.*)
al áspero silbar de rojas balas,
al frente de mil bravos adalides
de vuestra audacia os arrojais en alas.
Los hechos igualásteis de los Cides,
la fama hiende las etéreas salas,
y nuestros hechos para eterna gloria
mañana en bronce grabará la historia.

Aguil. Vos dais, señor, á nuestros brazos vida;
al miraros blandir la gruesa lanza
en sangre siempre del infiel teñida,
nos sentimos sedientos de matanza.
De Dios cubiertos con la fuerte egida
del lauro nos arrulla la esperanza,
que el alto y poderoso don Fernando
lidiar no sabe sin volver triunfando.

Colon. (*Saliendo de entre los cortesanos.*)
Sí, compañeros, el tranquilo viento
repita vuestros cantos de alegría,
gratos se eleven hasta el alto asiento
del Dios que siempre á la victoria os guia.
Si sentís entusiasmo cual yo siento,
vuestras voces unid á la voz mia;
decid todos conmigo, castellanos,
vivan nuestros insignes soberanos!

Todos. Vivan!

Isabel. Colon, ya sucumbió Granada;

el término llegó que tanto anhelas;
hoy verás tu esperanza coronada,
concedidas te son las carabelas.
Las olas surcarás; tu mente osada
dirigirá las españolas velas;
te lanzarás al piélago profundo
á descubrir para Castilla un mundo!
Nuestro erario real se encuentra exhausto;
no importa, no, Colon, oro tendremos;
haré cesar en mi palacio el fausto,
como simples hidalgos viviremos; (*Al rey.*)
ofreceré ante el genio en holocausto
cuantas riquezas nos ora tenemos.
La reina para sí nada ambiciona:
id, mis joyas traed; ten mi corona.

(*A Colon, que se arrodillará á las gradas del trono para recibirla de manos de la reina.*)

Colon. Oyó por fin mis súplicas sencillas
desde su escelso trono el poderoso!
Señora, permitid que de rodillas
gracias os dé Colon; ya soy dichoso.
Buscaré con afan nuevas orillas
al través de ese piélago espumoso,
y si en él muero, moriré con gloria,
que el atreverse á tanto ya es victoria.
Mas qué he dicho... infeliz? no, nunca engaña
la ciencia al pensador; las turbias olas
surcaremos en breve, y tierra estraña
añadiré á las costas españolas.
El sol que con su luz al mundo baña
nunca aqui se pondrá, y si enarbolas
Aragon y Castilla, tu bandera,
(*A los soldados.*)
conquistarás sin combatir siquiera.
Os llamarán señor del ancho mundo; (*Al rey.*)
los rayos de esa espléndida corona
harán que vuestro nombre sin segundo
temblando se oiga desde zona á zona.
El infiel besará cual siervo inmundo
las cadenas que España le eslabona:
y sometidos á sus santas leyes
la frente humillarán cien y cien reyes.

(*Entran dos pages conduciendo un cofrecito dorado que pondrán á los pies del trono. Colon coloca la corona encima de él.*)

Isabel. Esas mis joyas son; algun judío
en cambio de ellas nos dará ducados;
de Castilla aumentando el poderío
compraremos bageles y soldados.
Véndelas tú, Colon, que yo confio
ver pronto tus designios realizados;
una voz superior aqui me grita,
y empresa tal á acometer me incita.
Oidme todos! al nacer la aurora
en tintas rica de amaranto y grana,
el vencimiento de la hueste mora
demandaba á la Vírgen Soberana;
concededme, esclamé, dulce Señora,
que se rinda Granada esta mañana,
que tremole es do quier mi afan prolijo
el pendon sacrosanto de tu Hijo.
Asombrada quedé: el ronco viento
en mis oidos lúgubre zumbaba,
se oscureció de pronto el firmamento,
y sorda la ancha tierra retemblaba:
parecióme escuchar terrible acento;
era la voz de un Dios que asi me hablaba.
Vencerás! Si á Castilla un mundo es poco,
otro descubrirá el que llaman loco!
De rodillas caí; gigante trueno
atónita escuché; al Dios potente
miré entre el rayo, plácido y sereno,
coronada de soles la alta frente.
Mi corazon se estremeció en el seno,
los ojos clavé en tierra humildemente,
y mil querubes en suave coro,
entonaron al punto himno sonoro.
El enlutado espacio en roja lumbre
súbito se tiñó, y el sol radiante
colorando de un monte la alta cumbre
hizo brillar sus rayos de diamante.
El viento recobró su mansedumbre,
todo quedó en silencio, alcé el semblante,
esquisitos perfumes aspiraba,

y sola en mi oratorio me encontraba.
Llena el alma de fé, corrí á Fernando
de júbilo y placer alborozada:
humillaremos al contrario bando;
nuestra será, le dije, esa Granada.
Boabdil poco despues firmó temblando
la rendicion de su ciudad amada,
y agora que en el zénit el sol brilla
ved en ella á los reyes de Castilla.

Fern. Ya lo escuchásteis, sí, bravos guerreros,
el cielo mismo nuestras armas guia;
juradme por la cruz de los aceros
siempre seguir á esa canalla impía.

Todos. Lo juramos.

Fern. Muy pronto, caballeros,
diremos viva España! en Berbería,
y si el infiel cobarde de allí huyera,
gritando seguiremos, muera!

Todos. Muera!

Fern. Sí, que Jehová, cuyo terrible acento
es el cóncavo trueno, asi lo ordena;
él lanza el rayo desde su alto asiento,
y del ronco huracan la furia enfrena.
El dió luces al claro firmamento,
el mar encadenó con leve arena,
por él nuestro pendon radiante y solo
tremolaré de un polo al otro polo.
Volaremos al campo, aragoneses,
á triunfar como siempre, castellanos;
de nuestra fiera espada á los reveses
rios de sangre inundarán los llanos.
Las lanzas aprestad y los arneses;
pronto cual rayos lidiareis ufanos,
y al santo grito de venganza y guerra
ensordecida temblará la tierra.
Y tú, Colon, del entusiasmo ardiente
tu pecho abrasa en la voraz hoguera,
lauros conquista para ornar tu frente,
la tierra ensancha á la nacion ibera;
tu nombre volará de gente en gente
unido al nombre de Isabel primera,
y al recordar tu esfuerzo sin segundo,

á Castilla, dirán, dió nuevo mundo.

(*Don Fernando da la mano á doña Isabel, y ambos bajan del trono. A una señal del primero, los cortesanos saludan respetuosamente, y marchan por el fondo, precedidos de las doncellas, y seguidos de los soldados: dos pages se llevan por la izquierda el cofrecito de las joyas.*)

ESCENA II.

DOÑA ISABEL. DON FERNANDO. COLON.

Colon. Ah! Dios mio! para España
cuán feliz aurora anuncias!
Hoy miro ufanos brillar
en esas torres robustas
los leones de Castilla,
que al radiante sol ofuscan.
Vos, gran reina, generosa
habeis calmado mi angustia...
Ah! yo os juro que este dia
no podré olvidarlo nunca!

Fern. Tienes razon, es muy grande!

Colon. Si la enemiga fortuna
burlase mis esperanzas,
si son los mares mi tumba,
al cielo por vuestra vida (*A la reina.*)
será mi postrera súplica.

Isabel. Gracias; si risueño el hado
te concede que descubras
nuevos Estados, Colon,
que á los de España se unan,
mi eterno agradecimiento
verás hasta dó te encumbra.

Colon. No, gran reina, solo gloria
mi pecho ardoroso busca;
poderla alcanzar un dia
la esperanza es que me arrulla;
con las flores y laureles
que el mundo al genio tributa,
mostrar ceñida la frente
que ora empaña amarga duda;

ese es tan solo mi afan,
esa es ¡ay! mi ambicion única;
de qué sirven las riquezas
que el hombre necio acumula?
los honores de la tierra?...
todo se hunde en la tumba!
Pero el genio es mas dichoso;
por siempre su nombre dura,
y atravesando los siglos,
aun de la muerte se burla.

Isabel. Cuán grande es tu corazon!

Fern. (*A la reina.*) No bendices la fortuna
que con tan altos favores
hoy, esposa, nos adula?

Isabel. Sí, bendigamos al cielo;
la orgullosa media luna
ante el pendon de la cruz
avergonzada se oculta.
Los ya vencidos infieles
al Africa se refugian,
y al dejar á su Granada
el llanto sus ojos nubla.

Fern. Que lloren pues como hombres
los que como hembras luchan;
aprenda el débil Boabdil
al mirar su desventura,
que á mas del cetro, los reyes
la lanza tambien empuñan.
Y si cobarde su brazo
se niega á prestarle ayuda,
vaya á ocultar su vergüenza
en el seno de la tumba.

Colon. Sí, gran rey, que el que sin honra
la muerte al punto no busca,
y el que arrojado de un trono
de su contrario á la furia,
no puede reconquistarle
de su espada con la punta,
ni nació para reinar,
ni ser rey debiera nunca.

Isabel. Calla, Colon; respetemos
al que humilló la fortuna:

bien sabes que al que hoy abate,
mañana tal vez encumbra.
Deja al infeliz Boabdil;
compadezcamos su angustia,
porque es grande su quebranto,
porque es su desgracia mucha.
Perdido mira su cetro,
y ya su sueño no arrulla
del sosegado Genil
el onda plácida y pura;
ya de esta Alhambra tan bella,
que un cielo al mortal figura,
no verá las mansas fuentes
ni las doradas columnas.
Ni allá en el Generalife
á los rayos de la luna
oirá el aura bulliciosa
que entre flores se columpia:
habla del Judío errante
á tu rey, que pienso duda
de ese hombre estraordinario
lo que tu labio asegura.
Y si agradarme pretendes,
ahora exijo que me cumplas
tu palabra...

Colon. Descuidad,
vereis al Judío; nunca
podrá Colon olvidar
que habeis hecho su ventura;
que la reina de Castilla
concede al piloto ayuda,
y que vende la corona
que su noble sien circunda.

Fern. Pues bien, tráenos á ese hombre;
no curiosidad me impulsa;
quiero examinarle, entiendes?
y castigar su impostura.

Colon. Qué decís? mirad, señor,
que el cielo mismo le escuda,
y que hasta la muerte fiera
por vencerle en vano pugna.
Oid; quince siglos hace

que rápido el mundo cruza;
quince siglos con su peso
su frente arrugada abruman!
Su pálido rostro, siempre
amargas lágrimas surcan,
y de atroz remordimiento
le hiere la flecha aguda.
Jamas benéfico sueño
su negro martirio endulza;
jamas se cierran sus ojos;
son para llorar su culpa!
Siempre en sus tristes oidos
una voz terrible zumba,
que su corazon desgarra
cual mortífera cicuta.
Vais á verlo, y sufrireis,
cual yo sufro, al ver su angustia:
quizá ¡oh reyes! vuestro llanto
con su llanto se confunda! (*Vase.*)

ESCENA III.

DICHOS, *menos* COLON.

Isabel. En este dia, Fernando,
cuánto debemos al cielo!
Cumplido está nuestro anhelo,
vencido el contrario bando.
Ya ante el pendon de la cruz
la media luna se humilla,
que junto al sol nunca brilla
de las estrellas la luz.
Sí, los hijos del Profeta
llorarán sus duras penas
al rumor de las cadenas
que á nuestros pies los sujeta.
Que el castellano infanzon,
la sien de lauros ornada,
en la hechicera Granada
de Cristo agita el pendon.

Fern. Gracias, sí, Dios de piedad;

mi pecho solo ambiciona
que allá en la abrasada zona
se acate tu magestad.
Ante tus eternas leyes
y tu voluntad sagrada,
rinde el guerrero su espada,
y sus diademas los reyes.
Tú mis valientes soldados
conduces á las batallas,
y el orbe todo avasallas
ante mis tercios osados.

Isabel. Y es tanto su amor profundo
por las armas españolas,
que allá al través de las olas
nos ofrece un nuevo mundo.

Fern. Por eso su nombre solo
mi ejército fiel pregona
de una zona á la otra zona,
del un polo al otro polo.
Por eso los descendientes
de los Cides y Pelayos,
allá en la guerra son rayos
y terror de los valientes.
Que cuando el fiero español
á combatir se previene,
para admirarle, detiene
su carrera el mismo sol.
Siempre su acero triunfante
se ve en la abrasada lid...

Colon. (*Entrando.*) Reyes potentes, oid:
ahi está el Judío errante!

ESCENA IV.

DICHOS. COLON. EL JUDÍO ERRANTE.

Judio. Monarcas que regís el ancho mundo,
á vuestras plantas llega
con respeto profundo
este infelice, cuyo amargo duelo
solo puede aliviar el alto cielo.

Isabel. Alza, Judío, la abatida frente
que el sello inícuo del dolor empaña.
Fern. En los reinos de España,
del impostor la ley el cuello hiere,
la cabeza derriba de sus hombros,
y en vil cadalso con infamia muere.
(*Al Judío.*)
Miserable! me escuchas, y tranquilo
te muestras al oir mi voz airada?
Será que en tu osadía
al monarca español burlar intentas,
será que piensas como al vulgo necio
que crédulo te escucha,
tu fabulosa historia referirme
entre fingido llanto?
Cuánto te engañas, desdichado, cuánto!
Tus dias infelices
que por siglos se cuentan, segun dices,
ese pesado yugo
que anhelas sacudir, cortará en breve
el hacha enrojecida del verdugo:
pagarás con la muerte audacia tanta!
Colon. Qué habeis dicho, señor! (*Al rey.*)
Isabel. Fernando, escucha.
Judío. Tu cólera desprecio, rey altivo;
yo no puedo morir... es imposible!
Tal vez ignoras que el Judío errante
debe escuchar, porque lo ordena el cielo,
de la final trompeta el son terrible;
ver romperse los ejes de la tierra
con horrísono estruendo;
rodar el sol desde su escelsa cumbre,
y á un soplo del Eterno
ver apagarse su radiante lumbre!
romper en trozos mil las duras losas
los que vivientes fueron en el mundo,
y del mar las montañas espumosas
hasta el cielo elevarse impetuosas
para hundirse despues en el profundo:
y mirar de Luzbel la roja frente
de sierpes coronada,
al pálido fulgor de horrible rayo,

y escuchar su maldita carcajada
cuando pronuncie Dios sentencia airada.
Tal vez mi crímen, cual ninguno horrendo,
perdonará piadoso
ese dia terrible el Poderoso!

Fern. Calla, impostor, la envilecida lengua;
te lo ordena tu rey; calla, repito.
Solo tu nombre dime...

Judio. Don Fernando,
no os lo diré jamas: *¡está maldito!*
quereis saber quién soy? pues rey, miradme;
otra vez me habeis visto...

Fern. Mientes!

Judio. Nunca
ha mentido mi labio! Si otro fuera...

Isabel. Miserable!

Colon. Silencio! A un rey te atreves?...
No sabes que su voz el orbe todo
de rodillas escucha, y que obediente
las altas leyes que en su solio dicta
el hombre acata desde ocaso á oriente?

Isabel. Los temidos monarcas de Castilla
tus palabras escuchan, infelice: (*Al Judío.*)
su cólera escitar, di, no te aterra?
no sabes que los reyes
imágenes de Dios son en la tierra?

Judio. Escucha, don Fernando;
en los campos de Loja,
no te estuvo la muerte amenazando,
no viste cerca su guadaña roja?
Rodeado de infieles, sin escudo,
en sangre tinto tu corcel fogoso,
no llamabas en vano á tus guerreros
que el moro contenia valeroso?
Te acuerdas, di? tu salvacion debiste
á un hombre estraordinario; los aceros
contra él, sedientos de alcanzar su presa,
cien moros esgrimian,
mas al tocar su cuerpo se rompian.

Fern. Es cierto: pero bien, á qué decirme
lo que entonces pasó? si alli la muerte
quiso inhumana herirme,

ese Dios, que al cristiano nunca olvida,
que respetase le ordenó mi vida

Judio. Quieres saber el nombre
del que alejó de tí la parca fiera?
Fernando, no te asombre,
vas á saberlo, sí; yo fuí ese hombre!

Colon. Será posible!

Isabel. Cielos! qué habeis dicho!

Fern. Ser mi libertador fingir pretendes;
vive Dios que me espanta tu osadía,
y mi terrible cólera ya enciendes!
Mas ya comprendo... que te pague anhelas
ese falso servicio... no lo ignoro; (*Con desden*
ahi tienes oro, pues codicias oro.
(*Dándole un bolsillo.*)

Judio. (*Arrojándolo al suelo.*)
Lo desprecio, señor, yo nada quiero;
no se ostenta en mi frente una corona,
ni blasones al mundo altivo muestro;
mas sabed, don Fernando, que aqui late
un corazon tan noble como el vuestro.
La vida me debeis! mas qué me importa?
Yo no ambiciono honores ni riquezas;
fantasmas de un momento
que huyen cual humo que disipa el viento.
No me habeis comprendido! lo conozco;
eso querrá, pensásteis, un villano,
y os juro que acertárais por mi vida
si habláseis á un inmundo cortesano.
Yo soy hijo del pueblo, de ese pueblo
á cuya voz terrible y negro encono
los reyes tiemblan en su escelso trono.
No sé adular; de la diadema el brillo
nunca cegó mis ojos, don Feruando;
nunca arrastré mi frente por el suelo.
Solo ante Dios me humillo,
y uno hay tan solo en el empíreo cielo!

Colon. Qué osais decir?

Fern. Silencio! El rey lo ordena!
Escucharte mas tiempo fuera mengua.
(*Al Judío.*)
Si una palabra dices, mi verdugo

haré que corte tu atrevida lengua!
Judio. Tu furor impotente desafio!
á tus soldados llama, no los temo:
nunca herirme podrá su brazo impío!
de Dios me cubre la robusta egida;
aun no puede acabar mi triste vida!
Isabel. Y consientes, Fernando, tal ultraje?
Fern. Nunca! Guardias!

ESCENA V.

DICHOS. ALARCON, *seguido de varios arcabuceros.*

Alarc. (*Al rey.*) Señor...
Fern. Prended á ese hombre!
Alarc. (*Sorprendiéndose al mirar al Judío.*)
A ese hombre! imposible, gran monarca.
Fern. Alarcon! (*Colérico.*)
Alarc. Escuchadme, don Fernando;
en Loja os salvó la vida...
Fern. Calla, calla:
soldados, prendedle al punto; yo os lo ordeno!
(*Los soldados se adelantan hácia el Judío, pero se detienen á su voz.*)
Judio. Atrás! (Dios mio! la fatal campana
pronto debe sonar.) Atrás os digo!
(*Los soldados se dirigen de nuevo hácia el Judío, pero al llegar cerca de él caen de rodillas en el suelo.*)
Isabel. Enmudezco de asombro!
Colon. Estrella infausta!
Fern. Cobardes! levantad. (*A los soldados.*)
Alarc. Señor...
Fern. Silencio!
Qué se hizo, soldados, vuestra audacia?
Ante un hombre os postrais; no sois los mismos
que humillásteis del moro la arrogancia?
Sujetadle, repito. Qué, villanos,
teneis miedo tal vez? Eterna infamia!
Como hembras temblais... pues bien, oidme.
Del arcabuz la silbadora bala
haced al punto que veloce llegue

do vuestras manos á llegar no alcanzan.

(*Tres soldados disparan sus arcabuces apuntando al Judío; este, con la mayor serenidad, coloca la mano derecha sobre su corazon.*)

Judio. Las balas ¡oh Fernando!... me respetan!

Todos. (*Asombrados.*)
Cielos!

Judio. (*Agitado.*)
Compadeced mi suerte aciaga.
Vivir sufriendo hasta que el mundo acabe
es el castigo que destroza el alma!
Ah! Fernando, perdona si mi labio
te ha ofendido imprudente; tú enconabas,
creyendo que mentia este infelice,
del triste corazon la viva llaga.
Pronto serán las doce, Dios inmenso!
hora terrible en que partir me mandas!
Pronto huirá de vosotros el Judío!
(*Dan las doce.*)
Ah! no escuchais el son de esa campana?
Partir es fuerza; sí, piedad, Dios mio!
Una mano invisible ya me arrastra:
cuándo vendrá la inexorable muerte
á consolar piadosa mis desgracias!

Isabel. Cuánto sufre, infeliz!

Fern. (*Al Judío.*) Dame tu mano.

Judio. Ah, Fernando!

Fern. Perdona mis palabras.

Colon. Judío, á Dios.

Judio. Colon, hácia ese mundo
que anhelas descubrir, llevo mi planta.

Colon. Allí te encontraré! (*Estrechando su mano.*)

Judio. (*A los reyes.*) Guárdeos el cielo,
valientes vencedores de Granada;
si hablar de mí escuchais, tan solo os pido
que viertan vuestros ojos una lágrima.
(*Delirante.*)
Mas ah! Silencio; de escuchar acabo
ese acento crüel que me desgarra;
la voz de Jesucristo que me dice:
Sacrílego Judío! Anda! (Eco.) Anda!

(*Los soldados se abren formando calle: el Judío clava l*

vista en el cielo, cruza las manos, y se dirige hácia el fondo del teatro á pasos lentos; movimiento general de asombro; Colon se adelanta hácia el proscenio, y dice:)

Colon. Respetemos del cielo la Justicia...
De Dios es ley la voluntad sagrada!

FIN DEL DRAMA.